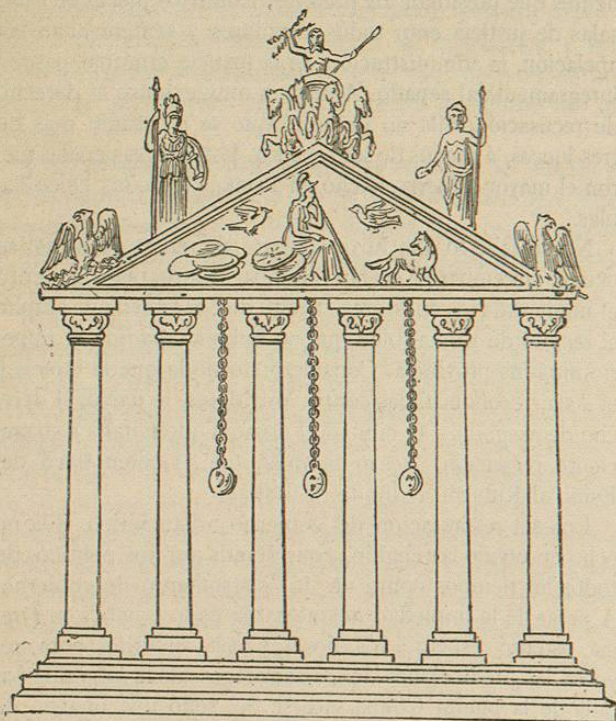


Aumentó el número de los pontífices y de los augures de diez á quince y les reconoció el derecho de completar ellos mismos su colegio por cooptación. Era asegurar el secreto y la disciplina en el cuerpo sacerdotal; era también poner de nuevo en manos de los grandes un arma contra las asambleas populares, si los otros medios de nulidad llegaban á faltar. Hizo además buscar por todas partes los oráculos sibilinos, para suplir los libros destruidos en el incendio del Capitolio, cuyo templo reedificó con la mayor magnificencia.

A pesar de la depravación de sus costumbres, sus amoríos infames y su intemperancia, Sila dictó muchas leyes para



Segundo templo del Capitolio (1)

poner en honor la santidad del matrimonio y reprimir el abuso del divorcio, los gastos de los festines y de los funerales (2). Como todas las leyes suntuarias, estos reglamentos ni tuvieron fuerza ni duración: el mismo que los había dado los desautorizaba con su ejemplo. Pero no sucedió lo mismo con sus leyes penales, cuyas disposiciones han llegado en gran número hasta nuestros días.

III. — ABDICACIÓN Y MUERTE DE SILA (79-78).

Luego que Sila hubo acabado su obra, se retiró, no por desprecio de los hombres ó repugnancia del poder. Sila no elevaba tanto sus pretensiones á la sabiduría; sino porque quería ver funcionar libremente aquel gobierno salido de

(1) De una moneda del triunviro Petilio Capitolino. En el timpano, Roma sentada sobre dos escudos y la loba; en el vértice, la cuadriga de Júpiter, águilas y las estatuas de Minerva y de Juno. Los discos que cuelgan entre las columnas son cascabeles ó campanillas (*tinnabula*) que servían para los sacrificios (Plauto, *Pseudolus*, 344) como nosotros las empleamos en nuestras iglesias. Suetonio (*Octav.*, 91) refiere que habiendo erigido Augusto un templo á Júpiter Tonante cerca del templo de Júpiter Capitolino, vió en sueños á éste quejándose de que el otro le quitaba los adoradores. «Será tu portero» *janitor*, contestó el emperador. Y en señal de la función que el dios tenía que cumplir respecto de su colega divino, hizo el príncipe suspender las campanillas que se ven en el grabado (*Revista de Numism. belga*, 5.^a serie, t. II, 1870, p. 51 y sigs.).

(2) En las calendas, nonas é idus y en los días de juegos públicos y de ferias solemnes, los gastos no debían pasar de 30 sesteracios; los

sus manos. Sin embargo, su abdicación (79) pareció un reto á sus enemigos y una audaz confianza en su fortuna. Pero lleno el senado, como las altas magistraturas, de adeptos suyos, tantos hombres interesados en el sostenimiento de sus leyes y sus diez mil cornelianos y sus ciento veinte mil veteranos dispersos en Italia con los que á una señal hubiera podido formar un ejército formidable, hacían poco peligrosa esta confianza. Se recuerda que encargando un día á Craso atravesar un país peligroso, le dijo: «Te doy por escolta tu padre y todos los tuyos asesinados.» ¡Cuántos y cuán sangrientos recuerdos protegían á Sila, ya ciudadano! A los mismos ojos de las víctimas, aquellos terribles destructores parecían llevar en sí un invencible poder que quebraría los puñales y embotaría las espadas. Mario desarmado hizo retroceder con una mirada al cimbro que iba á darle muerte; y cuando Sila, despidiendo á sus lictores, bajaba y se mezclaba con la multitud, todo el pueblo se estremecía y temblaba al contacto del hombre fatal.

Un joven, sin embargo, el hijo sin duda de algún proscribido, lo insultó un día y lo persiguió con sus ultrajes hasta su casa. Sila se limitó á decir: «He aquí una insolencia que impediré á los futuros dictadores hacer lo que yo hago.» Y en efecto, no obró ninguno como él.

Tienen los griegos una graciosa imagen, que es también un pensamiento filosófico: Hércules desarmado por Onfale, la Molice dominando la Fuerza, la Virtud cediendo á la Sensualidad. El Hércules romano también dejaba caer sus armas: Sila amaba la molice y los placeres tanto como el poder. En medio de los desórdenes había esperado hasta los cuarenta y siete años para ocupar altos destinos; desde entonces no había salido de ellos, es verdad; pero en cuanto creyó acabada su misión, volvió á su reposo, á su indulgencia y aficiones.

Su despedida del pueblo fué digna de aquel reinado insolente, que abdicaba de suyo y de aquella vil muchedumbre que se vendía por un *congiarium*. La hartó de viandas, de manjares delicados, de vinos preciosos, y con tal profusión que todos los días se arrojaban al Tiber copiosos restos que el pueblo, ya ahito, no había querido.

En medio de estos regocijos, cayó gravemente enferma Metela, esposa del dictador: había compartido valerosamente su buena y mala fortuna; pero los sacerdotes prohibieron al favorito de Venus manchar su casa con unos funerales. Antes que expirara, hubo de significarle Sila un acta de divorcio y la hizo trasladar á una casa extraña. No por eso dejó de ordenar, á pesar de su ley suntuaria, que se le hicieran pomposas y magníficas exequias.

Algunos meses después, asistiendo á un combate de gladiadores, Valeria, dama de alta nobleza y muy bella además, que acababa de divorciarse, se acercó á Sila y le arrancó un hilo de su toga. Extrañándolo el dictador, le dijo Valeria: «Quiero tener parte en tu fortuna.» El acto y las palabras de Valeria hubieron de seducirlo: hizo preguntar su nombre y condición, y al cabo de algunos días contraía segundas nupcias.

Retirado en su casa de Cumas vivió todavía un año; y al ver á aquel hombre ya cazando ó pescando, ya dictando Memorias ó leyendo á Aristóteles y á Teofrasto, ó bien en nocturnas orgías entre histriones y mimos, nadie hubiera reconocido al antiguo dueño del mundo.

Dos días antes de su muerte, aun trabajaba en el li-

demás días, solamente 3. (Aul. Gel. *Noct. Att.* II, 24.) Disminuyó también el precio de los géneros. (Macrobio, *Saturn.* III, XVII, (II, XIII) 11. Pero la lista de los manjares que tasó es tan larga que Macrobio se espanta del lujo que supone.

bro XXII de sus Comentarios, que legó á Lúculo con la tutela de su hijo. Las últimas palabras que trazó su ya trémula mano, todavía celebran su felicidad. «Dichoso y omnipotente hasta su última hora, decía, como los caldeos se lo habían prometido, no le faltaba más que hacer la dedicación del nuevo Capitolio.»

Sin embargo, en medio de sus tranquilas ocupaciones solía reaparecer el dictador implacable. La víspera de su muerte sabiendo que un magistrado de Puzolo retardaba el pago de la contribución suministrada por la ciudad para la reconstrucción del Capitolio, con la esperanza de apropiar-

se el dinero cuando Sila no existiera, envió á llamarlo y lo hizo estrangular en su presencia. En esta cólera se le reventó un absceso perdiendo mucha sangre y el día siguiente expiró.

Dícese que su enfermedad fué horrorosa, que descompuestas sus carnes engendraban continuamente innumerable y asquerosa miseria, por lo cual vino á ser el semidiós objeto de repugnancia y horror (78). Bien hubiera merecido este fin; pero hay que deshacer este cuadro, muy moral ciertamente, pero poco verídico. En los negocios humanos, la justicia suele saltar una generación: treinta años después,



Corona de olivo, de oro (1)

en Farsalia fué cuando la nobleza expió las proscripciones de Sila.

Hicieronle funerales como nunca se habían visto en Roma. Llamados de sus colonias los veteranos, escoltaron su cadáver de Puzolo á Roma; y por un decreto del senado se le confería el honor de un sepulcro en el Campo de Marte. Llevábase el cuerpo en una litera dorada y alrededor se ostentaban las insignias de la dictadura y más de dos mil coronas de oro enviadas por las ciudades y las legiones. El ejército precedía y seguía como para un triunfo y á intervalos iguales tocaban las trompetas en son fúnebre. De muchos pueblos acudían hombres y mujeres, y éstas honrando al favorito de los dioses, derramaban á su paso preciosos perfumes.

El senado, los magistrados, las vestales, los sacerdotes adornados con sus insignias, y todo el orden ecuestre esperaban el cortejo á las puertas de Roma para acompañarlo al Foro. Después de la oración fúnebre, los mismos senadores tomaron en hombros el féretro y lo condujeron al Campo de Marte, donde solamente los reyes habían sido inhumados, y lo pusieron sobre la pira. Sila había dispuesto que se incinerara su cadáver para evitar que algún vengador de Mario profanara su sepulcro. Él mismo había compuesto su epitafio, en que decía con verdad: «Nadie hizo nunca más bien á sus amigos ni más mal á sus enemigos.»

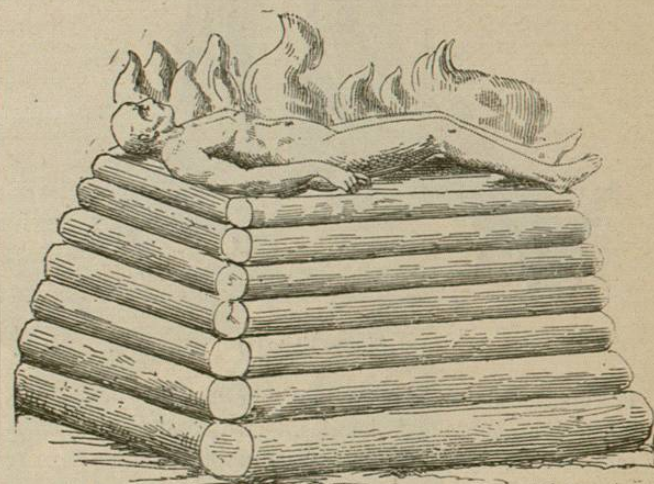
Así murió, á los sesenta años de su edad, tranquilo y sin remordimientos, el hombre que dejó en la historia el amargo recuerdo de la más implacable política. «Su felicidad, dice Séneca, fué un crimen de los dioses (2).»

No hemos de contradecir á Séneca, aunque no nos parezca tan culpable el cielo; pero hay que explicar la serenidad de Sila después de haber cometido tales y tantas

(1) Esta corona, de perfecta ejecución y de oro puro, se encontró en un sepulcro del Bósforo Cimerio (*Antigüedades del Bósforo Cimerio*, p. IV).

(2) *Deorum crimen erat Sylla tam felix* (Cons. ad Marc. 12).

maldades. Asombraría ciertamente esa tranquilidad de espíritu, si no se supiera que los romanos habían hecho del éxito una divinidad, el dios *Bonus Eventus*; que las consecuencias de una victoria, les parecían como la victoria misma, un acto divino, ó á lo menos, sancionado por la divi-



Pira fúnebre (3)

nidad, de tal suerte que dejaba el ánimo del vencedor tan pacífico y sereno, como el del licitor que obedeciendo al cónsul hiere y mata con su segur.

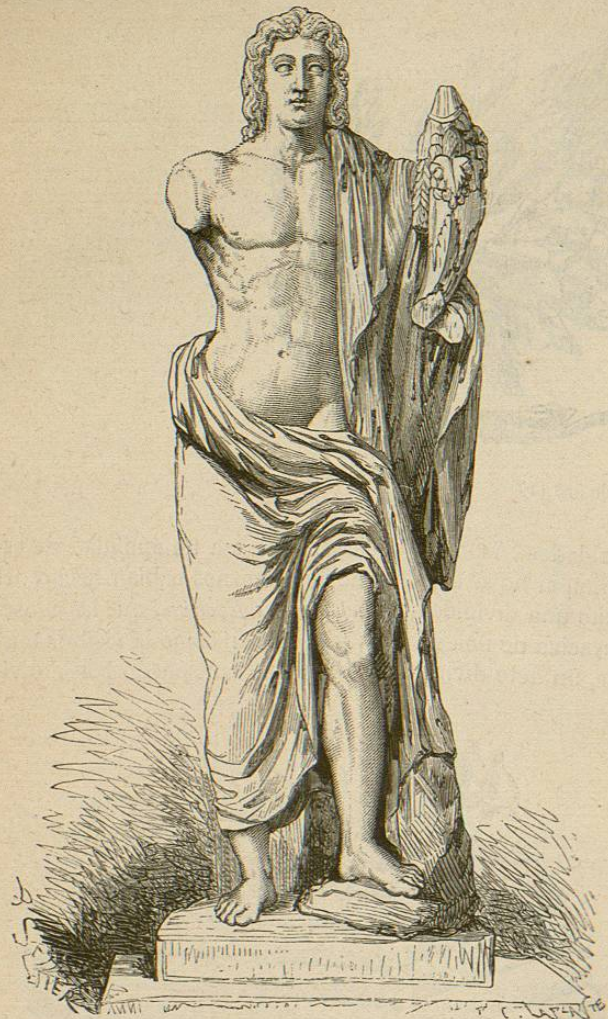
Esta fatalidad antigua, que había llenado el teatro de Esquilo y la conciencia de los griegos de tan religiosos terrores, conservaba su imperio en Roma, en medio de la incredulidad creciente, pero se ejercía friamente sin levantar los magníficos é insondables misterios del *Prometeo*. El espíritu no se remontaba tanto en Roma como en Atenas,

(3) De un bajo-relieve que se cree del tiempo de Nerón y representa escenas de la Ilíada. La pira consume el cuerpo de Patrolo. (*Diction. des Antiq. rom. et grecq.*: palabra *Ara sepulcra* ó *Ara funebris*.)

y nadie se curaba de inquirir si había desacuerdo entre la moral y el destino. Hasta para el incrédulo, los vencidos no eran sino condenados de la Fortuna, y desembarazar de ellos el mundo, era justicia, no crueldad, porque la justicia consistía en obrar según la voluntad de los dioses.

He ahí porqué el sanguinario dictador moría sin remordimientos; y lo mismo sucederá con todos los que pongan un principio falso entre su conciencia y sus actos.

Hay en la vida pública de Sila dos grandes hechos; pero el hecho en que menos se piensa es el más grande. A su advenimiento al poder, el imperio y la constitución caían



El dios Exito (1)

en ruinas: Sila salvó el uno en Queronea, y Roma vivió cinco siglos sobre sus victorias. Quiso también levantar la otra con sus leyes políticas, y no duraron diez años.

Con todo eso, si se abarca en su conjunto esta reforma legislativa, la más vasta que se hubiera hecho en Roma desde los decenviros, hay que admirar el audaz genio del hombre que la ejecutó: constitución política, organización judicial, administración pública, vida privada, todo está allí regulado. Pero Sila se había engañado. Después de haber visto el mal, se detuvo á combatir sus causas exteriores: luego que hubo destruído el tribunado y puesto la auto-

(1) Estátua de mármol de Paros representando el dios Exito, *Bonus Eventus* de los romanos. El dios tiene en la mano la cornucopia ó cuerno de la abundancia, emblema de la protección que extendía á las mieses y á todas las empresas (Clarac: *Mus. de escult.*, p. 438 F, número 803, A). El Museo del Louvre posee un Exito, que sólo debe á las restauraciones que ha sufrido el carácter de *Genio bueno* ó dios benéfico adorado de los griegos con el nombre de *Agathodemon*. (Saglio: *Dic. de Antig. grieg. y rom.*, p. 131.)

ridad legal en manos de una aristocracia débil, creyó haberlo hecho todo y que podía ya retirarse, sin tener en cuenta que iba á suministrar á la historia uno de los más claros ejemplos de la impotencia de la fuerza para fundar nada durable, cuando no obra en la dirección que indica el tiempo.

En vez de convertir los ojos al porvenir y procurar reconocer las ideas que lentamente se alzaban del fondo de las provincias, de Italia, de la misma Roma, se volvió hacia los tiempos antiguos, y en esta ciega evocación de lo pasado, ni siquiera pensó en contar con los nuevos elementos que por espacio de cuatro siglos venían desenvolviéndose en el seno de la sociedad romana. En la antigüedad á que se remontaba, los esclavos, los caballeros, los italianos y casi el mismo pueblo carecían de existencia política; en las leyes de Sila no la tuvieron tampoco. Pero no estipulando nada para los esclavos, hacía posible la tercera sublevación, movimiento que mandará Espartaco; borrando los privilegios de los caballeros, los ponía de parte de los que quisieran una revolución, y oprimiendo á los italianos y al pueblo preparaba un ejército para Lépido, un partido para Pompeyo. No hay nada, hasta la guerra sin nombre de Catilina, que no emane de esta malhadada y torpe dictadura. Un hecho considerable acababa de producirse: el derecho de sufragio dado á los italianos: Sila no se ocupó de regularlo. En cuanto á los provinciales, ni siquiera pensó en ellos, y eran sin embargo el gran problema.

Aquel reinado, que no quiso durar, no arrancó pues el germen de muerte que minaba la república; y dando á una aristocracia irrevocablemente condenada la fuerza de luchar todavía, hacía mas vivos y prolongados los dolores (2). Es cosa dura desear la pérdida de la libertad; pero cuando esta libertad no es sino una sangrienta anarquía, en que todo se pierde, las costumbres, las leyes, el sentido moral; cuando la herencia de la humanidad está en peligro por culpa de un pueblo, preciso es desear que este pueblo vuelva á entrar bajo tutela más bien que dejar que caiga otra vez el mundo en el caos.

Fuera de esto, Sila comprometió anticipadamente sus leyes privándolas de su mejor sanción, el ejemplo del legislador. No hay leyes duraderas, sino las que se defienden por sí mismas, porque estando en las costumbres son respetadas por todos, y diariamente violaba él las suyas. Había penado el asesinato, y después de las proscripciones dió muerte sin forma de juicio á Ofela y á Granio; la traición, y todos sus despachos estaban sellados con el sello de una perfidia (3). Había restringido los gastos, y sus profusiones con el pueblo y la pompa funeraria de Metela era un ultraje á las leyes suntuarias; la falsificación de la moneda, y emitió gran cantidad de ella asignándole un valor arbitrario (4). Pretendía honrar el matrimonio, y á muchos

(2) Ihne, que admira mucho á Sila, se ve sin embargo obligado á decir (t. V, p. 430): *Die Republik durch keine Gesetze und keine Genie zu retten war*. Y añade, lo que es muy cierto: *Die ganze Entwicklung der Zeit entschieden darauf ginge, an die Stelle der Republik die Monarchie zu setzen*. Es reconocer que la obra de Sila era vana, y la historia condena todo lo que es estéril en política.

(3) El anillo que representaba la traición de Bocco entregando á Yugurta.

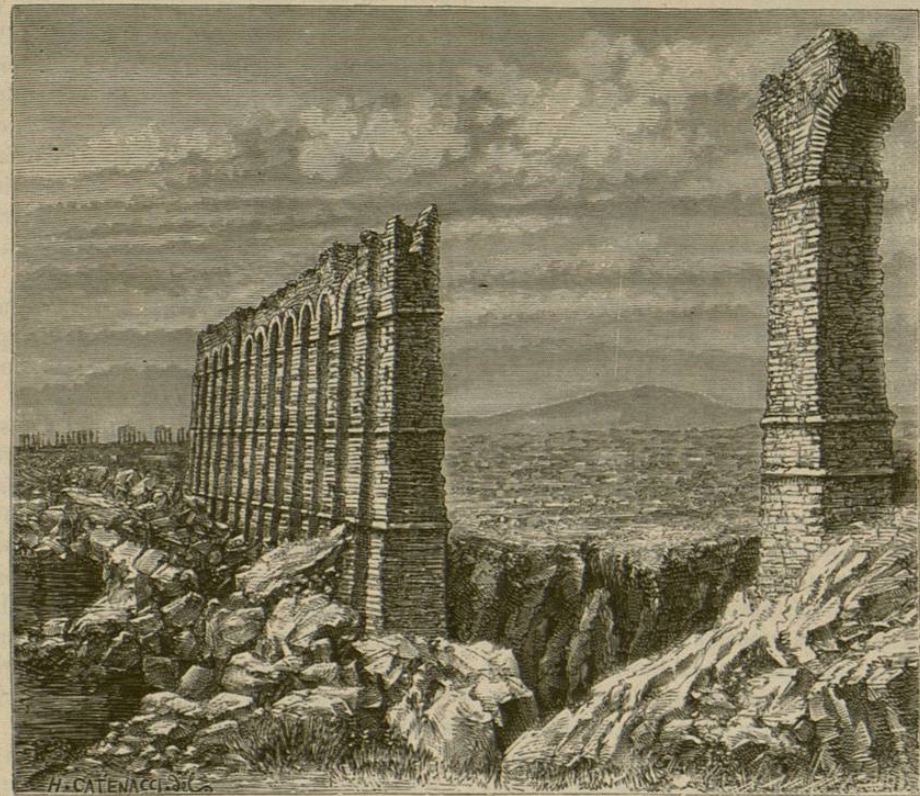
(4) Autorizó la fabricación de los denarios faltos de ley, que había retirado Mario Gratidiano, y con las órdenes y comunicaciones más severas obligó á recibir la moneda del Estado por su valor nominal, cualquiera que fuese su composición metálica (Paul, *Sent.* V, 25, 1), si el texto de Paul no se refiere á una legislación posterior á la de Sila, como Ulpiano parece darlo á entender. C. *Mosaic. et Romanar. legum collatio*, tit. VIII, 7, Tac. *Ann.* XIV, 40, 41. Es á lo menos cierto que, desde la dictadura de Sila hasta el imperio, se encuentran tantos denarios falsificados como de buena ley. (Lenormant, la *Monnaie dans l'antiquité*, I, 231.)

ciudadanos les robó las mujeres, á quienes condenó á otros enlaces: el mismo Pompeyo tuvo que repudiar la suya para tomar á Emilia, que el dictador arrancó en cinta de los brazos de Manio Glabrió. Había restablecido la autoridad del senado, y nombró senadores á simples soldados. Había penado el adulterio y fueron innumerables los desórdenes de su vida privada. ¿Respetarían otros esta legislación mejor que el mismo que la había hecho? Él no lo creyó, y sus palabras á Pompeyo á propósito de Lépido, prueban que no esperaba para ella un tranquilo reinado.

En efecto, odiosa al pueblo y á los italianos, defendida por nobles ineptos y por groseros soldados, que la abandonarían tan luego como hayan disipado el dinero y perdido las tierras que le deben, tenía aún contra sí la clase más activa, la de los caballeros, que no tenían cabida en la nue-

va constitución. Aun en vida de Sila, dos hombres del orden ecuestre habían comenzado la lucha: Pompeyo creándose un partido en el partido mismo de Sila; Cicerón atacando á un liberto del dictador en su oración *pro Roscio*, y al dictador mismo en una causa en que el joven orador hubo de arrastrar á sus jueces á declarar que Sila no había debido quitar el *jus civitatis* á ciudades italianas (1). En esta reacción Pompeyo será el brazo, Cicerón la palabra y los dos serán elevados por ella un instante al poder supremo.

(1) Insistió en la misma tesis en su discurso *pro Cicina*, 33, sosteniendo otra vez que el poder legislativo no puede abolir ciertos derechos, entre otros, el de libertad, representado por el *jus civitatis*, y que por consiguiente no estaba en las facultades de Sila el desposeer de este derecho á la ciudad de Volaterras.



Ruinas de un acueducto romano

SEPTIMO PERIODO

LOS TRIUNVIRATOS Y LA REVOLUCIÓN (79-30)

CAPITULO XLVIII

POMPEYO, LÉPIDO Y SERTORIO (79-70)

I.—RESUMEN DEL PERÍODO PRECEDENTE.

La vida de los pueblos se divide en períodos que pueden llamarse orgánicos, ó de vida plena y tranquila, y en períodos inorgánicos ó de transformación violenta. Están las naciones en la primera época, cuando han encontrado la forma de gobierno que mejor conviene á sus intereses actuales; y en la segunda, cuando las fuerzas sociales entran en lucha unas con otras. El tiempo de los reyes había sido en Roma, según lo que de ella conocemos, el de la formación armoniosa de la sociedad y de la grandeza del Estado; pero fué seguido de siglo y medio de rivalidades intestinas y de debilidad exterior. Después de Licinio Estolón, al contrario, se restableció la paz entre las dos órdenes por medio de la igualdad, y la fortuna de Roma vuelve á seguir su curso. Pero á las heroicas guerras de Italia y de Africa, cuyo encadenamiento inevitable hemos visto, á las de Grecia y Oriente, más políticas que necesarias, sucedió por efecto de las causas que hemos estudiado detenidamente, un nuevo período de discordias y luchas interiores.

Desde el primero de los Gracos hasta Sila, durante cincuenta años, aquellos hombres antes tan grandes en frente de Pirro, de Aníbal y de los macedonios, volvieron á ser os hijos de la loba, y se mataban unos á otros por saber á quién de ellos había de pertenecer el mundo. A fin de seguir, en medio de tanta sangre y ruinas, el doble movimiento de destrucción y renovación que se opera en esta época en el seno de la sociedad romana y que bajo formas y nombres diferentes, continuará por espacio de otro medio siglo, recapitulemos las tragedias que hemos visto, y así comprenderemos mejor las que vamos á ver.

Dos siglos de guerras, de conquistas y de pillaje habían tenido por consecuencia concentrar todos los poderes en manos de una estrecha oligarquía y gastar aquella parte media del pueblo romano, que en otro tiempo llenaba las legiones y las tribus rurales. Dos clases enemigas, los pobres y los ricos, se encontraron frente á frente, y para evitar que vinieran á las manos en violenta lucha, procuraron los dos hermanos Gracos rehacer, por medio de la ley agraria, una población viril de pequeños propietarios rurales y constituir en el Estado, con la investidura del poder judicial á los caballeros, un tercer orden que sostuviera el equilibrio entre los otros dos.

Cayeron los Gracos por maquinaciones de los grandes, y con ellos, la causa popular, que era la causa de la república y de la libertad, parecía perdida. Pero como ofrecía á los ambiciosos un medio de producir en el foro agitaciones favorables á tenebrosos cálculos, algunos patricios y consulares se pasaron al pueblo á pretexto de defender sus intereses, y el Estado se dividió en dos facciones, los conservadores obstinados y los revolucionarios intransigentes. En el fondo, ni unos ni otros deseaban otra cosa que poder y oro: las ideas generosas que habían animado á los Gracos, murieron con ellos.

Mario, que reconstituyó el partido popular, no supo conducirlo, y su consocio Saturnino lo comprometió con sus violencias. Muerto el tribuno y desterrado voluntariamente Mario, volvió á triunfar la oligarquía.

Escipión Emiliano y el segundo Druso buscaron otra solución al problema de la constitución romana: hubieran querido ellos ampliar el *jus civitatis* en favor de los italianos, á fin de dar al imperio una base más robusta, que pudiera sostenerlo mucho tiempo. Pero el uno fué asesinado por los corifeos del pueblo ínfimo de Roma, y el otro por los caballeros, á quienes quería despojar de las judicaturas. Con esto, perdiendo los italianos la esperanza de que una ley les hiciera justicia, recurrieron á las armas para exigirla en son de guerra. Y estalló pavorosa y terrible, como lo da á entender su nombre de *guerra social*.

Vencidos los italianos, todavía parecían haber salido victoriosos de aquella lucha fratricida, pues obtuvieron el derecho de ciudadanía; pero los nobles para hacer ilusorio este derecho, hubieron de encerrar á estos ciudadanos en tribus que no habían de votar nunca, y al mismo tiempo se enemistaron con los caballeros retirándoles las judicaturas.

Mario que vuelve de su destierro, y Sulpicio, se aprovecharon de esta doble falta para asociar á su causa á los nuevos ciudadanos y al enojado orden ecuestre. Pero el uno fué asesinado, y el otro que estuvo á punto de serlo muchas veces en su fuga, vuelve seguido de un ejército de esclavos y aliados insurgentes y se baña en la sangre de la nobleza, muriendo luego, de muerte natural, cuando está para llegar victorioso el vengador de los nobles.

Así, pues, todos los partidos tienen las manos manchadas de sangre; pero la nobleza la derramó en mayor abun-

dancia. En estos cincuenta años, cuenta la oligarquía cinco victorias señaladas con los asesinatos de los principales enemigos del senado y coronadas por una dictadura inexorable.

Sila creyó acabar con la facción popular, con los italianos y los quírites por medio de una inmensa inmólación, y con todas las novedades por virtud de una legislación que hiciera retroceder á la república tres siglos, al tiempo en que los patricios lo eran todo y el pueblo nada. Los ensayos hacia adelante fracasaron: ¿será viable la reforma hacia atrás? Lo sabremos siguiendo las dramáticas peripecias de la revolución que ha de conducir á Roma á una nueva

época orgánica, en que se fijarán sus destinos por espacio de cuatro siglos.

II.—POMPEYO.

Los diez años que duró la constitución corneliana fueron una de las más desastrosas épocas que hubiera atravesado la república, época en que nadie estaba seguro de vivir el día siguiente.

El odio del pueblo y de los italianos, los resentimientos del orden ecuestre y cuatro guerras á cual más peligro-



Castellum (Castillo ó puesto fortificado) (1).

sa, tal fué la herencia de Sila. ¿Quién iba á recoger esta herencia? Un senado en que las proscripciones de los dos partidos no habían dejado una sola cabeza que superara el nivel común de la medianía: Metelo Pío, general desafortunado; Cátulo, «en quien había con que hacer muchos grandes hombres» (2), pero que no supo ser un gran ciudadano, lo que hubiera valido más para la república; Hortensio, que sólo vivía para el foro y sus murenas; Craso, menos ocupado de negocios públicos que de transformar su fortuna, mal adquirida, y comprar toda la ciudad finca á finca; Filipo, que había maniobrado tan hábilmente entre escollos, por espacio de veinte años, y descansaba, después de haber llegado á la cumbre de los honores; en fin, el más capaz acaso de todas aquellas medianías, Lúculo, elegante epicúreo, romano de Atenas, que ocupaba un puesto subalterno en los negocios, sin gusto ni afición al primer papel. Habiendo escapado bien de semejantes tormentas, estos senadores no deseaban ya más que vivir la vida en paz dis-

frutando sus granjas devastadas, que estaban ya restaurando.

Pero alrededor de ellos se agitaba una generación más joven, más ardiente, más fuerte para el bien y para el mal. Cicerón, que tenía entonces veintiocho años; César que contaba veinticuatro; Catón, que apenas frisaba en los diez y siete; Bruto, que todavía era más joven, Catilina y Verrres habían ejercido ya cargos.

Por su edad, Pompeyo pertenecía también á esta generación (3); pero honrado con los títulos de *Grande*, de *Imperator*, de *Triunfador*, marchaba aparte. Y estamos tan lejos de la igualdad, tan cerca de la monarquía, que sin

(3) Nació el 29 de setiembre del año 106 y tenía por consiguiente la misma edad que Cicerón. Se fija ordinariamente el nacimiento de César en el año 100. En este caso, nombrado en enero del 86 flamín de Júpiter, no hubiera tenido entonces más que trece años y algunos meses, lo que es muy poco para un pontificado. Su edilidad data del año 65, y según la *lex annalis*, no se podía llegar á este cargo hasta los treinta y siete años. César hubiera tenido esta edad, habiendo nacido el 102; así también hubiera tenido las condiciones requeridas para la pretura, que obtuvo el 62 á los cuarenta años y para el consulado que desempeñó el 59 á los cuarenta y dos cumplidos. Ahora bien, desde el 82 hasta el 49, se cumplió rigurosamente la ley de Sila sobre las magistraturas, excepto para Pompeyo el 70 y el 52. Cuando César volvió á Roma en abril del 49, se dió él mismo en las monedas 52 años cumplidos.

(1) Según el Virgilio del Vaticano. *Castellum* con su guarnición vivaqueando afuera, mientras los centinelas (*vigiles*) hacen la guardia nocturna dentro de los muros.

(2) Son palabras de Cicerón; pero sabido es que tenía tan fácil el elogio como la invectiva. Cátulo negó á Catón la condenación de un escribiente culpable, y quiso comprar á César la candidatura al pontificado.